



**ANDRÉ NEF, «La mecha corta de Girona», a *El Mundo*,
24 d'agost de 2015.**

1979, denuncia por robo y destrozo de un Seat 1430 con el motor rectificado. 1981, detenciones por el atraco en la Caixa d'Estalvis Provincial de Celrà. 1981, declaración del barrio como zona catastrófica tras la verbena de San Juan. 1996, El Vaquilla visita a su madre en la Font de la Pólvora tras 15 años en la cárcel. 1999, grabaciones policiales que demuestran que los niños de la zona pasan heroína. 2004, negativa del gremio de taxistas de entrar al barrio si no les acompaña una dotación policial. El año pasado, el 70% de los pisos con la luz pinchada. El 28 de julio, macrooperación contra el tráfico de drogas llevada a cabo por 300 Mossos d'Esquadra. Las hemerotecas lo dejan claro: el gerundense barrio de la Font de la Pólvora lleva siendo un 'fijo' de las secciones de sucesos desde hace 36 años. Pero, ¿a qué se debe tan asidua presencia en la prensa?, ¿es amarillismo periodístico?, ¿una realidad endémica?, ¿o el resultado de malas gestiones municipales?



Nacido de la necesidad del régimen franquista por terminar con los asentamientos de barracas que se habían extendido por la montaña de Montjuïc de Girona desde los años cincuenta (Plan Parcial Vilaroja-sector Font de la Pólvora, 1972), y aparecido de la nada finalmente en noviembre de 1978, el barrio de la Font de la Pólvora consistía en 500 pisos nuevos construidos en el valle de Vila-roja. Un hermoso entorno natural de saludable bosque litoral y fuentes de agua mineral ligeramente picante, que además, fue engalanado con la plantación de decenas de ciruelos, acacias, mimosas, nogales, robles, y olivos que terminaron por dar nombre a cada una de las calles del barrio.

Sin embargo, las alrededor de 3.000 personas que allí se trasladaron desde la montaña de Montjuïc mayoritariamente inmigrantes portugueses y gallegos de etnia gitana, no se toparon con el Paraíso. Más bien, con unas condiciones de vida que rozaban la insalubridad (edificios con goteras y humedades, aires putrefactos por la falta de canalización de las aguas residuales, colonias de ratas...), y con una carencia de servicios notable: ausencia de línea de autobús, de servicio municipal de limpieza, y

sobre todo, de escuelas para niños y adultos con las que realizar una campaña de alfabetización. Estas circunstancias, sumadas a la naturaleza conflictiva de algunos de los recién instalados —las primeras quejas vecinales hacen referencia a juergas hasta la madrugada y los robos en pisos y coches—, terminaron por convertir a la Font de la Pólvora en una anomalía social y urbana. En un caldo de cultivo de marginalidad mantenido a fuego lento desde entonces por los actos delictivos y el tráfico de drogas llevado a cabo por unas pocas familias del barrio, y que se ha perpetuado hasta nuestros días junto a la estigmatización generalizada que padecen los habitantes de la zona este de la ciudad.

Una situación compleja que las diferentes alcaldías que desde 1978 han dirigido el Ayuntamiento han intentado solucionar. Joaquim Nadal, Anna Pagans, Carles Puigdemont y sus respectivos equipos de gobierno. Todos promovieron y promueven acciones en la Font de la Pólvora. Siempre, debatiéndose en la encrucijada de mantener la situación bajo cierto control y satisfacer a la vez las necesidades de los vecinos más desfavorecidos. Con planes contra la pobreza como el de 1990 o como con



el reciente Pla Integral del Sector Est. «Una plataforma formada por administraciones y tercer sector que quiere contribuir a la mejora de la intervención y cohesión social en los barrios del sector este» y que focaliza «los esfuerzos en aspectos como urbanismo, el desarrollo local, la escolarización o la seguridad», explica el teniente de alcalde y regidor de Serveis Socials, Habitatge i Cooperació, Eduard Berlosó.

A los esfuerzos de la administración hay que sumar todos los programas sociales e iniciativas culturales realizadas a lo largo de los años por la asociación de vecinos y las numerosas entidades del barrio. Cursos de formación laboral, creación de espacios de apoyo a la mujer, servicios de orientación jurídica, alfabetización de inmigrantes, campañas de limpieza del entorno, y un largo etcétera de logros que ponen de manifiesto que en la Font de la Pólvora también habita un volumen humano que lucha contra el estigma de la marginalidad. Un gran tanto por ciento de personas que en opinión del presidente de la AAVV de la Font de la Pólvora, Jaume Marsal, «es gente honrada y trabajadora que hace vida normal como en cualquier otro barrio pero por culpa de unos pocos, pagan



justos por pecadores». Y un conjunto de ciudadanos que según demuestran las hemerotecas, lleva reivindicando su postura y luchando por sus derechos desde el mismo origen del barrio.

1979, manifestación vecinal exigiendo soluciones a la precariedad de las infraestructuras. 1981, felicitación pública de la asociación de vecinos a un policía que detiene a un malhechor habitual. 1984, creación de una escuela de boxeo para mujeres. 1987, el colegio de EGB de la Font de la Pólvora recibe un premio en un concurso a nivel estatal. 1994, patrulla vecinal para frenar la oleada de robos. En 2005, jóvenes gitanos del barrio realizan un documental para difundir su cultura y tradiciones. El año pasado, una concentración pacífica ante el *Punt Diari* reclama un trato menos negativo y estereotipado en las informaciones en que aparece el barrio. Este mismo año organizan un festival de street art... Pero entonces, ¿si la organización vecinal es real y veterana, y además recibe el apoyo de entidades, asociaciones y gobierno municipal desde hace décadas, por qué la Font de la Pólvora nunca ha terminado de levantar cabeza y alcanzar una total normalidad?

El propio Marsal apunta hacia una hipótesis: «Si esto está así desde siempre es porque ya ha ido bien que esto sea el gueto de la ciudad y tenga toda la delincuencia». Una hipótesis que ya en 1994 apuntaba el secretario de la AAVV de Vila-roja y presidente de la Federació d'Associacions de Veïns de Girona, Sebastià Ruiz. «Desde el Ayuntamiento de Girona y la Generalitat y hasta al Gobierno, a todos les interesa que Vila-roja continúe siendo el gueto de la ciudad», declaraba.

Un supuesto *win-win* no establecido entre poderes públicos y malhechores tan antiguo como el origen de las ciudades cuya solución, según Berluso, pasa por «aplicar políticas que incidan también a nivel estructural, como propone el Plan Integral, y en generar nuevas medidas de desarrollo local entre la administración y el tejido asociativo y social del sector». Y seguramente tenga razón. El contacto con vecinos, trabajadores y el análisis de la trayectoria histórica del barrio apuntan a una solución que pasa no sólo por el trabajo realizado por entidades, asociaciones o servicios sociales y educativos, con el que se hace mucha contención y que es totalmente necesario. La solución pasa por instancias con competencias suficientes como para



llevar a cabo una serie de planes de transformación urbana más ambiciosos que los realizados hasta ahora, con los que dignificar el sector, y que definitivamente permitan a la Font de la Pólvora y barrios de la zona este dejar de dar la espalda al resto de la ciudad.